

De ocupaciones y preocupaciones en México

De los problemas del empleo a los de los valores

MA. HERLINDA SUÁREZ ZOZAYA Y RICARDO ZÁRATE GUTIÉRREZ

Hoy en día uno de los temas que causan más inquietud a los mexicanos, a jóvenes y adultos, sobre todo a los que vivimos en espacios urbanos, es el de la economía. Independientemente del grupo social al que se pertenezca se percibe que en este ámbito se están dando cambios que ponen en riesgo las posibilidades de trabajo, las remuneraciones y el bienestar de la población.

Por supuesto, existen individuos y grupos sociales que viven esta situación con optimismo. Conciben los cambios y los riesgos como oportunidad. Sin embargo, la mayor parte de la población mexicana sabe que los cambios implican pérdida de empleo, angustias y privaciones. Y ¿cómo no saberlo?, si ya se cuentan en millones los que han experimentado esta situación en carne propia. Para principios de este año (1998), según datos del INEGI, la cantidad de mexicanos desempleados ascendía a un millón 301 mil 812. Esto ha causado que al finalizar el siglo XX, a sólo dos años del inicio del tercer milenio, exista un sentimiento generalizado, en la población mexicana, de vulnerabilidad económica.

Hay también, la certeza de que estar en el desempleo es algo que le puede ocurrir a cualquiera. Que, sin deberla ni temerla, en cualquier momento, nosotros mismos nos podemos convertir en "ese cualquiera".

En efecto, en el marco de una sociedad como la nuestra, donde la idealización del triunfo ha estado fincada en la imagen del "empleo", como evidencia de solvencia, confianza, estabilidad y seguridad, pasar a ser parte del desempleo constituye una fatalidad. No sólo por las consecuencias económicas directas que esto acarrea, sino porque este hecho puede convertirlo a uno en un "cualquiera", ya que atenta contra la confianza a la que se es merecedor y, por lo tanto, transforma las relaciones sociales básicas, desde las que se tienen con amigos y vecinos hasta las que se dan con la propia familia. De hecho, en muchos casos, el desempleo reduce la autoestima y la confianza en uno mismo.

Por otra parte, la mayoría de la población mexicana también tiene evidencias de que, en la actualidad, no es suficiente tener un empleo para resolver los problemas básicos de sobrevivencia. Los individuos que pertenecen a la mayoría, a aquel numeroso conjunto de la población ocupada que ha visto reducir el valor real de sus ingresos, han tenido la experiencia de "comprar menos con el mismo dinero". del "ya no me alcanza con lo que gano", del "hay que reducir los gastos y dejar de consumir esto y aquello". Lo que muchas veces implica cambiar hábitos básicos de reproducción y subsistencia y se traduce en fuertes sentimientos de insatisfacción y frustración. De aquí que, al finalizar el siglo XX, el imaginario colectivo frente al futuro del empleo —cargado, en mayor o menor grado, de ideas sobre lo que significa neoliberalismo, modernización, tecnologización, flexibilidad, competencia, etcétera— no sea muy optimista. Se percibe, se siente, se conoce que estamos en un momento de grandes oportunidades. Sin embargo, se sabe que podrán ser

aprovechadas sólo por unos cuantos y que resultará difícil, sino que imposible, ser de los elegidos.

Pero este pesimismo, basado en hechos aislados, puede carecer de fundamentos generalizables. Nosotros somos científicos sociales y tenemos que basar nuestras percepciones, sentimientos y acciones en datos objetivos y concretos. No nos podemos quedar en las experiencias del "uno mismo" o de lo que se platica u observa con vecinos y amigos, ni tampoco con lo que difunden los medios de comunicación, que, por ser el empleo un tema altamente taquillero, adoptan posiciones amarillistas o se empeñan en esconder la realidad, con el fin de no causar pánico entre la población o de no ensombrecer la labor política de tal o cual funcionario en turno.

Veamos en la gráfica 1, los datos "objetivos" y "oficiales" sobre el comportamiento de las tasas de desempleo, de 1987 a 1996.

Gráfica 1. Tasa promedio de desempleo abierto



Se observa que, en general, en términos de probabilidad de desempleo, los temores de la población encuentran fundamento. El comportamiento de la tasa promedio de desempleo abierto ha experimentado importantes variaciones. Entre 1987 y 1991 decreció, luego empezó a crecer hasta alcanzar su punto máximo en el segundo trimestre de 1995, poco después del famoso "error de diciembre". De 1995 a la fecha ha mostrado una tendencia decreciente, situándose, para el segundo trimestre del presente año, en 3.4, según lo afirmó el presidente Zedillo en su último informe. La variación y el comportamiento registrados por el indicador de desempleo muestran la alta vulnerabilidad del destino económico de los mexicanos frente a los avatares de la macroeconomía.

En cuanto a las condiciones de empleo, la información contenida en la gráfica 2 nos da elementos para justificar los sentimientos de frustración e insatisfacción de los trabajadores mexicanos y sus familias. Según se observa, para 1987, momento que se ubica en el marco de la agudización de la crisis económica, el 29% de la población que tenía empleo vivía en condiciones críticas de ocupación, lo que significa que trabajaban menos de 35 horas semanales por razones de mercado, o que su jornada era mayor pero recibían menos de un salario mínimo, o que trabajaban más de 48 horas a la semana y recibían, cuando más, dos salarios mínimos. Así, el adjetivo de "críticas" que califica a estas condiciones de trabajo denota una realidad que no permite dudar acerca de que estar en esta situación trae aparejados sentimientos de insatisfacción. Preocupa entonces, que el indicador que, como se dijo, para 1987 era de 29%, para 1996 sea de casi 47%.

Gráfica 2. Tasa promedio de condiciones críticas de ocupación



El hecho de que cuando se hacen los cálculos utilizando salarios mínimos vigentes, la tasa promedio de condiciones críticas de ocupación muestre una tendencia decreciente, no puede alegrarnos. Lo único que significa es que el salario mínimo ha perdido valor frente al de 1987. En realidad, lo que muestra la gráfica 2, en términos de salarios mínimos equivalentes, es que la tendencia ha sido continuamente creciente y que, para 1996 casi la mitad de la población ocupada en México se encontraba en condiciones críticas de ocupación. Ciertamente, éstos no son datos muy esperanzadores.

Y ¿qué puede hacerse para prevenir esta situación? ¿Para aliviar los temores e incrementar las esperanzas y posibilidades de tener un mejor futuro?

Por supuesto, las estrategias que se vislumbran son diferentes por grupos sociales. Sin embargo, hay algo que parece ser un mecanismo que puede aplicarse a todos, cuando menos ese es el compromiso. Además, dada su supuesta relación con el mejoramiento de los niveles de productividad y calidad, se le señala como exigencia a cumplir, para lograr permanecer en la competencia. Comúnmente los organismos internacionales la recetan, ha sido medio de legitimación de programas políticos; anhelo de pueblos y comunidades, y estrategia de movilidad de muchos individuos. Me refiero a la educación.

Independientemente de lo que opinamos de ello y del grado de eficacia que puede tener la educación para el logro de objetivos productivos, lo cierto es que la agudización de los problemas económicos ha propiciado que se vea a la educación como instrumento que ayuda a resolverlos. Veamos que ha pasado al respecto.

Si observamos los niveles educativos de la población económicamente activa en los últimos años, podemos afirmar que la lenta, pero ya antigua, tendencia a que la población económicamente activa en México incrementa su nivel educativo parece haber tomado nuevos bríos, en los últimos años. A nivel estadístico, se nota un incremento en la proporción de trabajadores (PEA) que cuenta con educación secundaria y más (lo que seguramente se relaciona con el hecho de haber incluido este nivel educativo dentro de lo que se denomina educación básica). La pregunta ahora es: ¿qué repercusiones ha tenido este incremento de educación en el mercado de trabajo y en las condiciones de ocupación? ¿Ayuda la educación a reducir los peligros del desempleo y los riesgos de recibir bajas remuneraciones?

Según se observa en la gráfica 3, entre 1991 y 1995 se han registrado importantes cambios, en cuanto a la probabilidad de desempleo de las personas, según niveles educativos. Al

principio de la década, la probabilidad de estar desempleado era notoriamente mayor para las personas que contaban con educación media superior y superior, con respecto a las que no tenían instrucción, o habían asistido solamente unos pocos años a la escuela. Para 1995, las cosas parecen haber cambiado considerablemente. Aunque todavía son mayores los niveles de desempleo para la población escolarizada, los mayores incrementos en las tasas de desempleo abierto se registraron para la población con menos años de estudio. Esto nos habla de que, ante los riesgos y oportunidades que promete actualmente el sistema económico, la educación ha incrementado su valor de mercado.

Gráfica 3. Tasa de desempleo por nivel de escolaridad



Puede decirse, entonces, que en la economía mexicana se están operando cambios que favorecen a la población con mayores niveles educativos. O, más bien, que la educación es un factor que, hasta cierto punto, ayuda a sortear el peligro de caer en el desempleo. Sin embargo, no se puede dejar de insistir en que todavía, en México, la probabilidad de desempleo de las personas con estudios de secundaria y de nivel superior es mayor a la de las personas que nunca han ido a la escuela. Lo que nos habla de un sistema económico que opera conforme a modelos tecnológicamente simples y que otorga poco valor al conocimiento como insumo para la producción.

Por lo que toca a los ingresos de la población, según niveles educativos, la gráfica 4 muestra que las variables nivel de ingresos y nivel de educación están relacionadas positivamente. Por supuesto, esto se explica, en gran medida, por la correlación que existe, en México, entre el origen social de los individuos y el nivel educativo alcanzado. Sin que se pueda dejar de tomar esto en cuenta, es correcto, sin embargo, afirmar que las personas con mayor escolaridad tienden a recibir más dinero por su trabajo.

Gráfica 4. Población ocupada por nivel de instrucción y proporción de los ingresos que absorbe



A este respecto, comparar información referida a 1991 con la de 1995 resulta interesante. La distribución de la población según niveles educativos permite observar que, en lo que va de la década, las condiciones de ingreso de la población con estudios de profesional y más se han polarizado: creció la proporción de profesionistas con ingresos mayores a los 10 salarios mínimos y también la de profesionistas cuyos ingresos son menores a un salario mínimo (véase gráfica 5).

Gráfica 5. Variación porcentual del nivel de ingresos por nivel de instrucción



En cambio, para la población con menor nivel educativo los cambios que se han operado en la economía han resultado en una clara pauperización: creció la proporción de personas ubicadas en los niveles más bajos de la estructura de ingresos y decrecieron las proporciones correspondientes a los salarios altos. Llamen la atención los casos de la población con nivel educativo de "capacitación", por un lado, y el de la población cuyo máximo nivel de estudios es profesional medio. En el primer caso, los cambios corresponden a una situación de polarización, que puede asociarse con una mayor seg-

mentación del sistema productivo y con las actuales tendencias de flexibilización. Por lo que toca a los trabajadores con nivel de profesional medio, que corresponde al nivel de educación al que las políticas públicas recientes buscan orientar a los egresados de la enseñanza media superior, inhibiendo su anhelo de ingreso a las universidades, la información muestra una clara tendencia hacia la pauperización. Resulta interesante mencionar que este conjunto de población está integrado, en su mayoría por jóvenes de 15 a 29 años, lo que muestra que para ellos, en la actualidad, las condiciones que ofrece el sistema económico son peores que para la población en su conjunto.

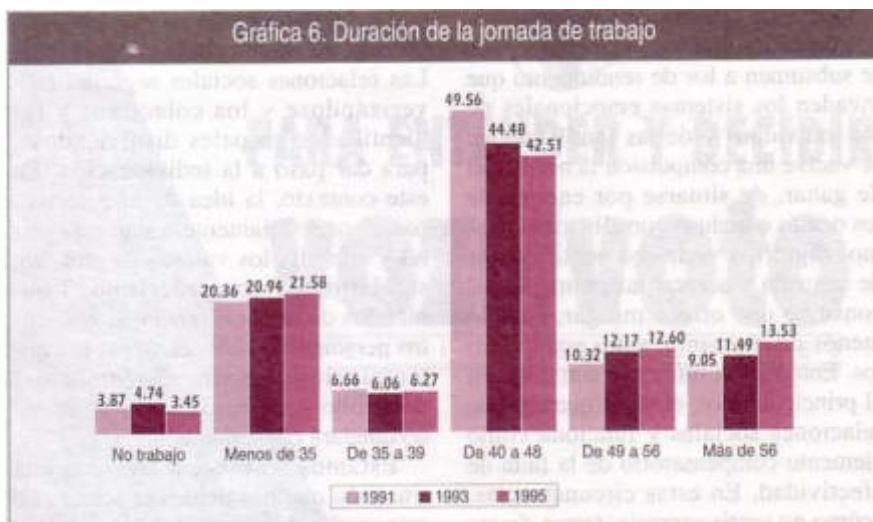
Polarización y pauperización, éstas son las dos experiencias que dibujan el futuro económico-social de los mexicanos. Polarización para los grupos sociales que, hasta hace poco, habían sido favorecidos y logrado alcanzar niveles de educación superior, principalmente las clases medias. Polarización también para los obreros "especializados" que, por la vía de su trabajo, tenían cierta estabilidad económica. Pauperización para aquellos que habían logrado una cierta movilidad socioeconómica y que con muchos esfuerzos terminan la enseñanza básica y acceden a estudios de subprofesional y profesional medio. Pauperización para los que de siempre se han ubicado en los estratos inferiores de la estructura socioeconómica y que ni siquiera han gozado del mínimo derecho educativo.

Estamos hablando, entonces, de un presente signado por la pobreza de muchos. De una situación que va más allá de la permanencia de la "pobreza estructural", de un presente en el que aparecen nuevos tipos de pobreza: los llamados "nuevos pobres" y de la irrupción de la pobreza extrema. En fin, lo cierto es que, en nuestro país la pobreza se ha recrudecido. Las tendencias no permiten predecir un mejor futuro.

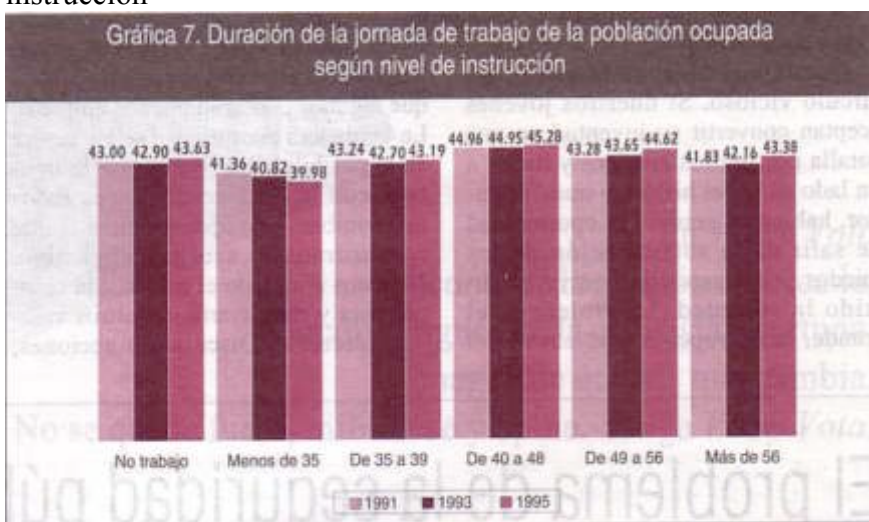
Y, ¿qué pasa con las jornadas de trabajo, que es otro elemento determinante de la productividad del trabajo y de las condiciones laborales?

Como se observa en la gráfica 6, entre 1991 y 1995, la proporción de población que trabaja entre 40 y 48 horas a la semana ha disminuido y han aumentado, sobre todo, las correspondientes a jornadas mayores. Esta tendencia es diferencial por niveles educativos. Para la población sin instrucción y sin enseñanza básica, la duración de sus jornadas de trabajo tendió a decrecer. En cambio, para los que cuentan con secundaria completa y más se dio un importante incremento en el número de horas trabajadas por semana. Parece que la población que ha logrado "metas educativas" está dispuesta a incrementar el tiempo que le dedica al trabajo, a fin de mantener su empleo y no descender en la escala de ingreso. Lamentablemente, no tuvimos acceso a información específica sobre posgraduados. Supongo que en este nivel de estudios se agudiza la tendencia a incrementar la jornada de trabajo. Con esto, se desvanece la utopía de que con el desarrollo económico y tecnológico el hombre podría liberarse del yugo del capital y recuperar su tiempo libre, necesario para la creatividad, la innovación y, sobre todo, para ser feliz (véase gráfica 7).

Gráfica 6. Duración de la jornada de trabajo



Gráfica 7. Duración de la jornada de trabajo de la población ocupada según nivel de instrucción



Indigencia, desempleo, pobreza extrema y marginación social parecen ser el futuro previsible de muchos. Subempleo, pobreza e insatisfacción el de otros. Empleo, enajenación, competencia y aislamiento el de otros más. En este marco, el tejido social se desvanece y se profundiza la desigualdad social.

Resumiendo: la información presentada sobre la situación del empleo y las condiciones de la ocupación en México indica que, al finalizar el segundo milenio, estamos frente al surgimiento de una nueva sociedad. Una sociedad diferente. En la que coexisten situaciones heterogéneas, en el marco de un deterioro general de las condiciones y la calidad de vida. Una sociedad acechada por un modelo económico que toma como rehenes a los instrumentos de transformación social y búsqueda de libertad. La educación y el tiempo libre se han convertido en espacios al servicio de la productividad y la competencia,

cuando no de la frustración, del agotamiento y del desencanto. Esto afecta muy especialmente a las nuevas generaciones.

Lo hasta aquí dicho parece ser una tragedia. Lo es. Es un verdadero fardo de graves problemas y preocupaciones el que trae consigo el análisis del empleo y las condiciones de trabajo en México. Y a ellos hay que añadir el más arduo de todos: estamos educando a nuestros jóvenes en los valores de la competencia. ¿Qué significa esto?

Significa educar a los jóvenes para ser triunfadores, por encima de todo. Al mismo tiempo, sembrar en ellos la sospecha de que pueden ser perdedores. Significa que los valores afectivos se subsumen a los de rendimiento que invaden los sistemas emocionales de los individuos y de las familias. Que se vuelve una compulsión la necesidad de ganar, de situarse por encima de los demás e incluso por sobre uno mismo. Significa vivir con sentimientos de angustia y aceptar las promesas del consumo que ofrece mitigar, cuando menos de momento, estos sentimientos. Entonces el dinero se convierte en el principal valor, el valor que rige las relaciones sociales y funciona como elemento compensatorio de la falta de afectividad. En estas circunstancias, ¿cómo no sentir angustia, terror, frente a las crecientes amenazas de desempleo y pauperización?

Quedamos atrapados así en un círculo vicioso. Si nuestros jóvenes aceptan convertir su juventud en una batalla por futuros empleos y hacen a un lado su papel histórico transformador, habremos perdido la oportunidad de salir de la somatización de los miedos y las angustias que ya ha sufrido la sociedad. La violencia, el fraude, la corrupción y el abuso del poder incrementarán su presencia en la vida cotidiana de los mexicanos. Las relaciones sociales seguirán pulverizándose y los colectivos y las identidades grupales disolviéndose, para dar paso a la individuación. En este contexto, la idea de lo colectivo pasará necesariamente a segundo plano y con ella los valores de amistad, solidaridad y compañerismo. También los de la convivencia, el encuentro personal, el ocio, el arte o la contemplación. En fin, el triunfo del desarrollo económico sobre el humano quedará consumado.

Estamos, entonces, frente a una situación que nos demanda actuar con responsabilidad. Aquellos que apuntan que los cambios que están ocurriendo traen oportunidades, tienen razón. Pero las oportunidades van más allá de que algunos consigan buenos empleos. La verdadera oportunidad se encuentra en la posibilidad de reinventar lo político, con la convicción de que todos los hombres y mujeres tenemos que convertirnos en actores del cambio. Dejemos a un lado el miedo a la competencia y restituyamos nuestros valores solidarios. Discutamos acciones, diseñemos proyectos y ¡pongamos manos a la obra!

Bibliografía

Fagin Leonard y Little Martin, *The Forsaken Families*, Penguin Book, Londres, 1997.

Los autores de este artículo son investigadores del CRIM-UNAM